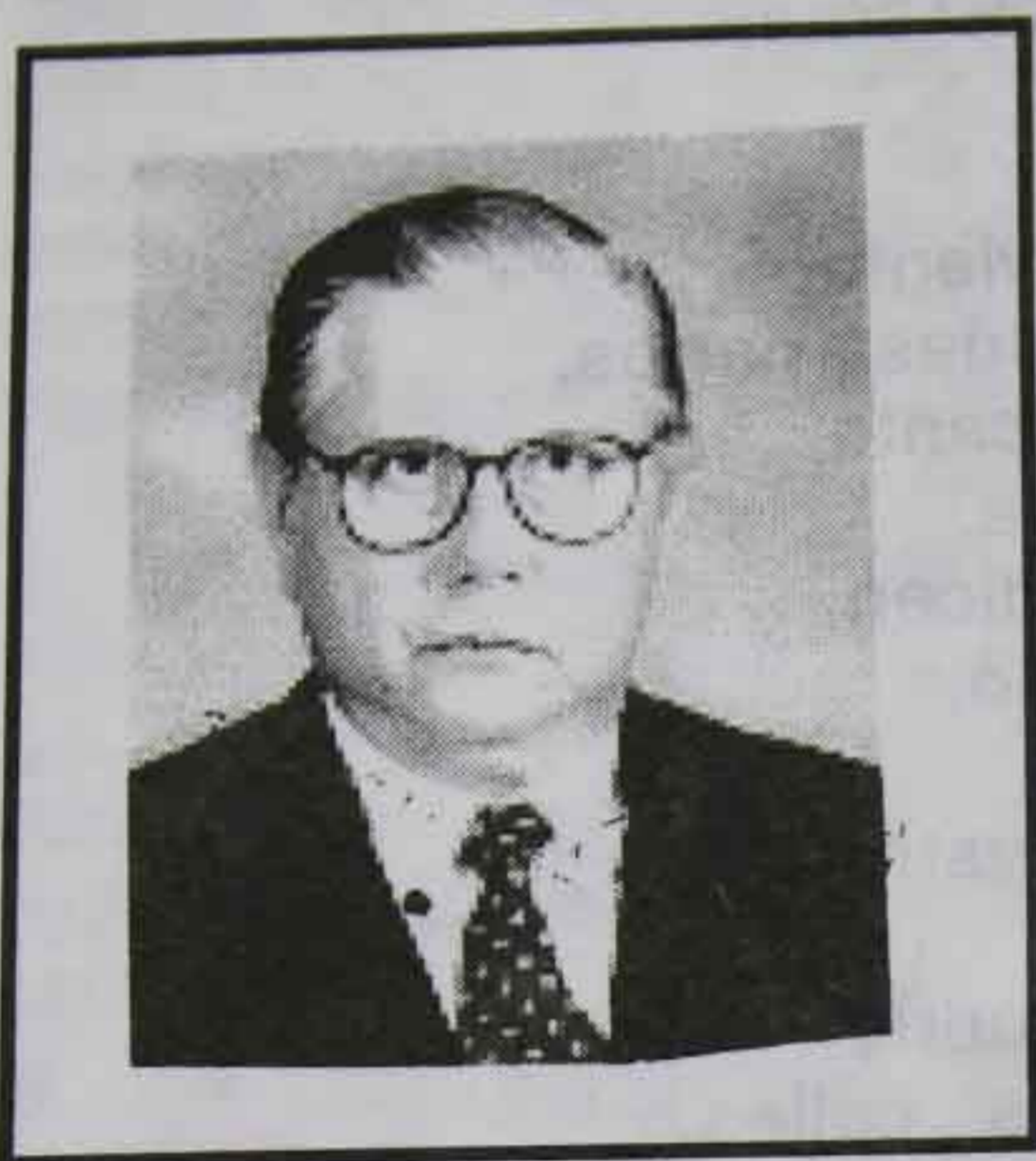
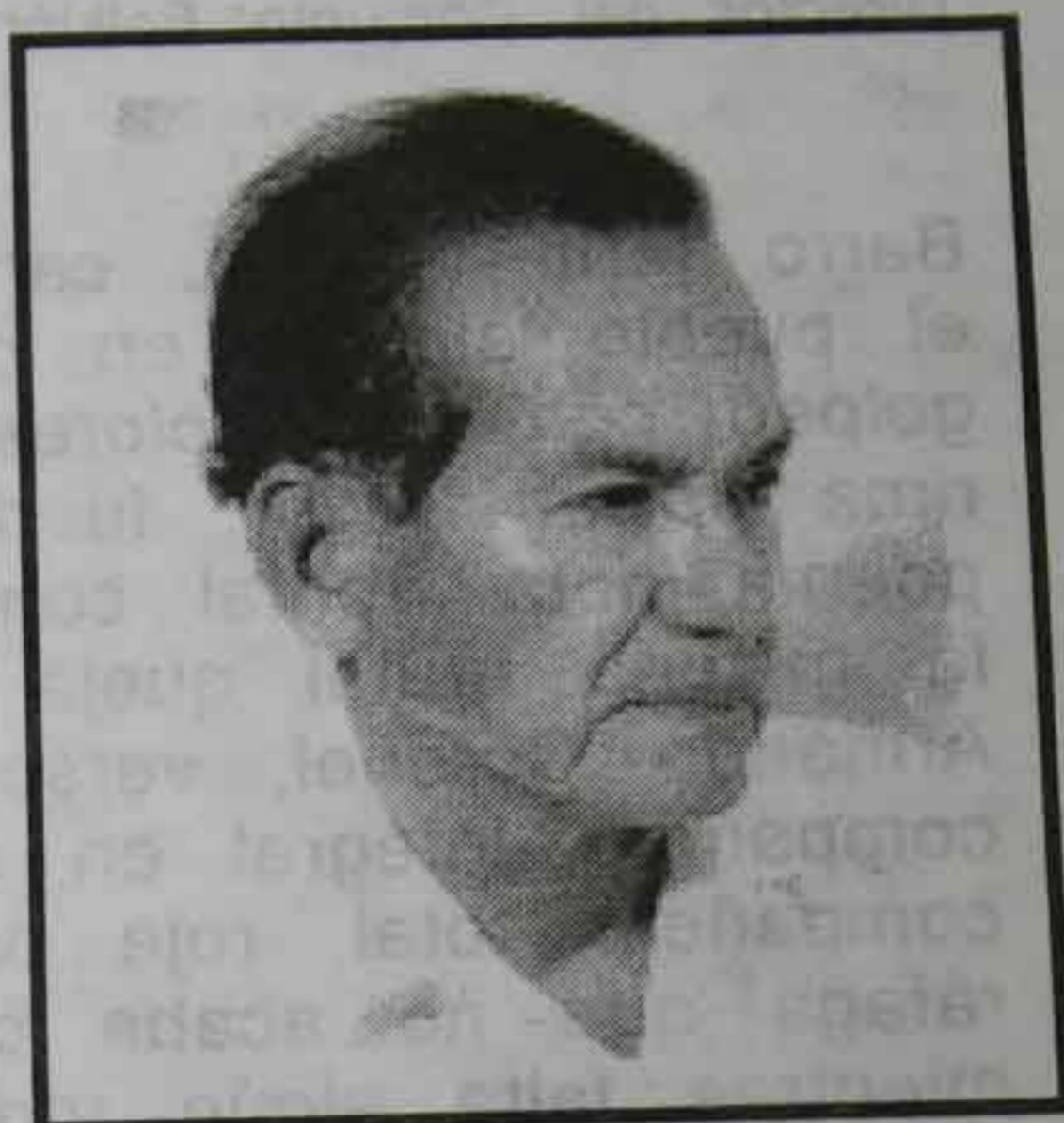


MARTIN TORRES RODRIGUEZ Y VOLTAIRE MAQUILON VERA

DOS POETAS



Voltaire Maquilón Vera



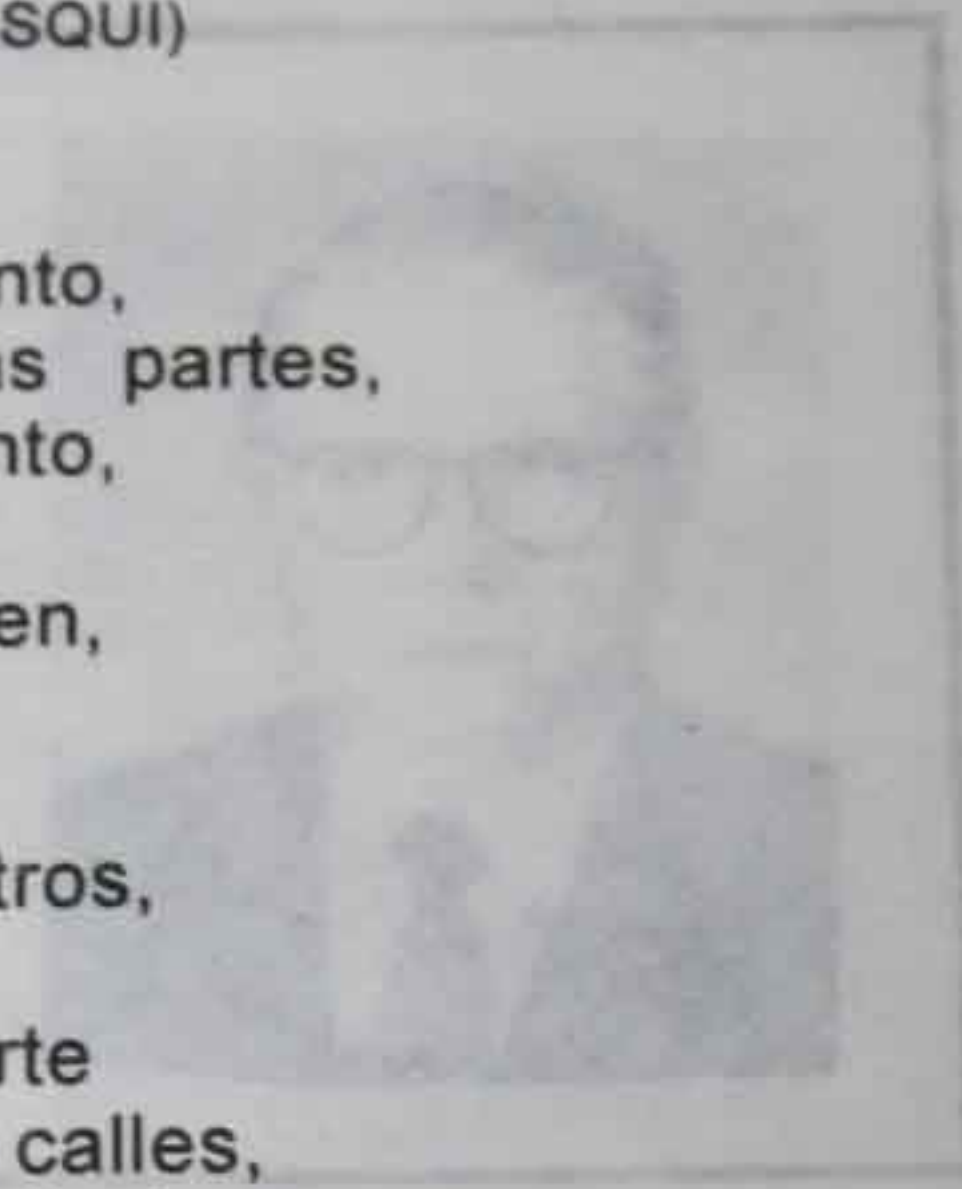
Martín Torres Rodríguez

Nuestra revista se complace en publicar poemas de la inspiración de los bardos Martín Torres Rodríguez y Voltaire Maquilón Vera, ambos triunfadores en concursos nacionales de poesía en distintas ocasiones. Maquilón Vera es hijo de quien fuera ilustre aedo César Maquilón Orellana, cuyos versos circulan musicalizados en ritmo de pasillo por Nicasio Safadi y Enrique Ibañez Mora

5 poemas de: MARTIN TORRES RODRIGUEZ,

ARMANDO CORONEL PUEBLO PRESENTE!!

(Homenaje al músico combatiente popular Armando Coronel Dresner,
Director del Conjunto Folklórico CHUMICHASQUI)



Barro fértil cual ti, canción al viento,
el pueblo alzado, en pie, de todas partes,
golpeó con sus dolores en tu canto,
rima tierra, fragor, fuerte armonía,
poema nota frontal conque se dicen,
la miseria brutal queja y espanto.
Armando Coronel, verso protesta,
compañero integral en sonos nuestros,
compañero total, roja palestra,
ráfaga que no acaba con la muerte
mientras falte algún trigo por las calles,
mientras un indio rabie entre los Andes,
mientras cholos, montuvios, yo, nosotros,
ellos, estrujemos la historia que nos arde.
Armando: comprendiste que en el mundo,
la guitarra, la quema, los tambores,
celebran desde abajo la victoria
cuando vence la piel encadenada.
Para mí tú renaces, Armando, compañero,
vuelves, sí, cada tiempo en los primeros,
regresas y resuelto persistes combatiendo,
trepándonos tenaz, grito y bandera,
igual que nos nació la rebeldía,
idéntico en las venas más bravías.
Nunca, nunca se muere la voz nuestra,
si una alegría ni pan hay en la cesta,
si nos empuja el pueblo y sus sangrías...

Y ASI LOS DERRIBARON

(En memoria de 5 campesinos dauleños asesinados)

Los árboles bramaron con responso
de furia, el río paró el andar
con rabia antigüa, la espuma se hizo
un túmulo de cruces... la yerba
estaba allí con cinco muertos,
cinco montubios vientre todo espiga.
Cayeron con dolor, con sed de tierra
con angustia de roble que no encuentra
vertiente. Eran siembra y cosecha,
siembra, cosecha y siembra,
y los mataron duro, sin guitarra
ni velas, rodada estaba una hembra.
Allí estaban caídos con sus besos
de sangre, volcados junto al surco.
Dicen que no era de ellos, pero sí
que era de ellos, monte adentro
del alma, allí nacieron, era de ellos
el día, los nocturnos, el llano,
la montaña. Sí, sí, los derribaron
como gansos ingenuos que a sus nidos
se prenden... y han dejado en los aires
el corazón quemante que no pudo salvarlos,
la maldición de un grito corriendo
los caminos, y un retumbar de cholos
mordiéndose la esperanza...

LA NEGRA MURIO UN DOMINGO

Alma dulce era la negra,
amaba con sangre larga,
llena de sones amaba
cantando en la madrugada.
Flor negra de mi suburbio,
de bullicio puro, claro,
llevo el coco de tu risa,
tu cuerpo de palma y barro.
El Carnaval que iba en tu alma,
los arrabales pintaba,
y los rincones más pobres
con navidades de malva...
Cimbreadas muslos al alba
luego de gotas amargas,
mañanas, tardes y noches,
tus naves no tenían anclas.
Pero te llegó la sombra
negra pueblo de mi pueblo,
la eterna sombra que llega
sin saber si pronto o luego.
Era Domingo y la negra
se dobló siendo hierro,
se le perdió la sonrisa,
se le murieron los rezos.
La cargamos largo, largo
por esas calles del puerto,
como que estaba dormida,
como que no se había muerto.
Se fue la negra un domingo,
la enterramos todos tristes,
lo único que la devuelve
es el sueño en que nos viste.

LOS ZAMBOS DE GUAYAQUIL

(En memoria de Bolívar Aguiño Chipe, combatiente socialista)

Triste han dejado al Suburbio
los zambos de Guayaquil,
entre un mar de carteles
sus clubes pasan aquí...

Solo han dejado al suburbio
los cholos de Guayaquil,
pechos al sol, marcha lenta,
¡¡tantas he visto venir!
Piden arroz, agua y tierra
los zambos de Guayaquil,
puños alzados, los gritos
como rayos en Abril.

Avanza la marcha, avanzan
los zambos de Guayaquil,
rabian, rabian, gritan, rabian,
gritan con voz de fusil.

Tanto tiempo miserables
ya no soportan vivir,
se van jugando el pellejo
los zambos de Guayaquil.
De votar están cansados
los cholos de Guayaquil,
son el pueblo, la esperanza,
los zambos de Guayaquil...

VIDAL RONQUILLO, EL MONTUVIO

Vidal Ronquillo, el montuvio,
se lanza caballo al viento
cuando algún grito lo llama,
si el pueblo no está contento.
Vidal Ronquillo no duerme,
casi la pasa despierto,
quiere al árbol, la montaña,
de alma tiene una guitarra,
canciones de río y garza.
Si desde lejos se escucha
un casquear fuerte, rotundo,
es Vidal, nunca se cansa
de querer cambiar al mundo.
Muchas veces lo han seguido
para cortarle el resuello,
pero el brillo del machete
lo alumbra como astro al cielo.
Vidal nació una mañana,
no importa el color ni fecha,
sólo le importa que suene
cualquier corazón, sin pena.
Vidal, su campo es el todo,
suelto en el cerro o la pampa
para su gente es acero
brillando al sol conque avanza.
Vidal Ronquillo es semilla,
arroz, plátano, naranjo,
bocachico, rumbo largo,
brioso fruto de la tierra,
algún día, que no sea pronto,
morirá sembrado a ella...

2 poemas de: VOLTAIRE MAQUILON VERA

LA YEGUA

Llega la yegua
negra llega
la yegua.
Sus cascos suenan
Cascabelinos
Suenan sus cascos
de la negra yegua
La yegua es negra?
la negritud
se yergue en ella.
No sé de dónde llega
Debe llegar
de una sombra bella.
Ella llega...
Por qué llega la yegua
sin que nadie
que otra que ella
llegue?
Llega...
Llega la yegua!
La yegua llega,
parte la piedra,
queda su huella,
con sus casquitos
deja una estela

que salpica
de piedrecitas
en re-menor
la noche buena.
Ya llega ella.
Yegua, yeguota,
Yegua, yegüita.
Cuando resopla,
huele el anís
y el paladar
sabe a miel.
Cuando relincha,
se encrespa el mar,
tiene frío la arena.
En sus crines,
en sus ancas y en su cola,
en su vientre,
su quijada,
su garganta,
en su belfos,
su testuz, cruz y trapecio,
en su lomo y en su grupa,
en sus brazos y en sus piernas,
en su ijar, su paletilla,
en su cuello y su rodilla,
en su caña y su quartilla,
en sus cascos y en sus uñas,
en su brazuelo y cedillo,
en coronas y cernejas,
corvejones, gordelillos,
en ollares y tendones
y espejuelos
canta y crispa

su silvestre herencia.

Ya se va. Se ha ido.

Junto a su yeguada

la yegua trotó.

Y este yegüerizo

al pie de la luna

que ha vuelto a crecer

le canta a su yegua

con su ronca voz

de bajo profundo

en su do mayor

Sus cascascos

Cascabelinos

Suenan sus cascascos

de la negra yegua

la yegua es negra?

BEATI POSSIDENTIS

se yergue en ella

Se ha detenido

en la nocturna esfera

y es otra noche debatiente

y honda.

Así es la ausencia

alucinada y loca.

Es una guerrillera

que combate sola

Y se ha quedado aquí

donde está el tiempo

atrincherado y turbio,

apuntando su mira

a las angustias....

Aquí se ha detenido

tu quemante recuerdo,
tu mineral raíz,
ácida y fuerte,
mazorca desangrada
en fluviales esperas.
Tu nombre se diluye
sobre mí
sin que pueda,
escapar a sus fuegos,
librarme de su aroma.
Tus muslos y tu vientre,
tu cabeza solar,
toda tú,
feroz,
dulce,
insaciable,
cruel y devoradora,
vienes sobre la estrella
demente
que me asombra

"¡GRACIAS TAMBIEN A TI..."

VÍCTOR A. GONZÁLEZ S.



Cuando el guardia de la oficina de Información del Cuartel de Policía, oculto tras sus gafas oscuras y sin levantar la cabeza, le comunicó que su hijo, encarcelado tres días atrás por sospechas de unas raterías menores, iba a ser interrogado por el Sargento Llamashqui, pesquisador de la Oficina de Investigación del Delito, ella, la madre, con los ojos exorbitados del pavor y las mejillas atrapadas entre las manos, se quedó estupefacta, inmóvil, y, por un momento, perdido el sentido de la realidad por el instantáneo estupor que le causara lo que en ese momento acababa de oír. En seguida se le desbordó la angustia, arrasáronse de lágrimas sus ojos y estalló en alaridos de espanto e imploración: ¡Llamashqui, no! ¡lo matará, lo matará!; ¡Llamashqui, lo matará!, ¡Llamashqui, no!

*

Los dos policías que hacían el turno de guardia a cada lado de la puerta del Cuartel, apresurados arrimaron sus fusiles a la pared y se abalanzaron sobre la convulsionada mujer: la trabaron

con una llaves de expertos en el arte del ataque y de la defensa personal, y sometieron sus voces hasta el amoratamiento del ahogo ciñéndole los brazos por la garganta; en vilo cruzáronle al otro lado de la calle y la soltaron, de golpe entre los matorrales de debajo del paso a desnivel: ¡Callaráse, no!; ¡callaráse, carajo! - le gritaron y se fueron, mientras ella quedóse arrebujaada, nadie sabe cuántas horas, en su hondo dolor de madre, sollozando: ¡Llamashqui, no!; ¡Oh, Dios mío, Llamashqui lo matará!

A las once y treinta y cinco de aquella noche en que la llevaba golpeaba furiosamente el pavimento, trabado por los sobacos, lo sacaron: colgaba la cabeza del muchacho sobre el pecho y arrastrábanse las piernas por las rodillas dobladas: "Las investigaciones no han arrojado pruebas" dijeron secamente, y, sin más, sacando los brazos de los sobacos dejaron desplomarse al chico en la calzada de la acera, pesadamente, tal que una toalla encharcada. La madre, al instante, secos los ojos de llanto, lo abrazó, lo acuñó un momento en su tibio pecho dolorido y llenóle el rostro de mimosos besos: "¡Gracias, gracias Dios Mío! ¡Vamos, vamos hijo..., aunque sea arrastrándonos nos vamos de aquí!". Y, mirando a la puerta del Cuartel, quedamente dijo: "¡Gracias también a tí, maldito Llamashqui!"

La lluvia, a torrentes seguía lavando la noche.